



TINTA FRESCA



ÍÑIGO LEJARZA
ilejarza@gmail.com

Ilustración:
Dominick Proestakis

QUEHACERES

COMO EN EL CUENTO LA CARTA ROBADA, DE POE,
EN OCASIONES LO MÁS OCULTO ES AQUELLO QUE ESTÁ A SIMPLE VISTA.

Con motivo de la reciente celebración del Día de la Madre, el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC) publicó una infografía en la que, entre otras cosas, nos informaba que las madres dedicaban 36,06 horas a "Trabajo doméstico no remunerado", entendiéndose, a las tareas relacionadas con las compras, la alimentación, el aseo, el lavado de ropa y "la gerencia del propio hogar".

Esta cifra no incluía las 13,51 horas adicionales que dedicaban, como madres que son, al "Cuidado de niñas y niños menores de 12 años del hogar".

Solo la primera cifra supera ya el tiempo que dedican a "Trabajo remunerado" (34,11 horas) y más que duplica el tiempo dedicado a "Actividades de formación" (15,18 horas).

Es de agradecer que una institución pública arroje luz sobre las dimensiones que tiene este trabajo al que, con justo criterio, los científicos sociales denominan "invisible".

Invisible porque, en primera instancia, no se remunera, y como a nadie le afecta su costo, carece automáticamente de valor económico.

Invisible, además, porque coloca a las mujeres cuya única ocupación es atender un hogar (bajo la etiqueta de "ama de casa") en el 28% de población que se considera excluida de la fuerza laboral (acompañando a estudiantes y pensionados), como si se quisiera privar doblemente a su trabajo de significado económico.

Y aún así, "ama de casa" suena leve, y resulta menos

denigrante, comparado con el "S/L" ("Sus labores") que recogía, hasta no hace muchos años, la ocupación de mi madre en su carnet de identidad. Como si esas labores le fueran consustanciales a su condición de mujer y no fueran labores que beneficiaban a otros miembros de la sociedad, cuyas ocupaciones, al parecer, sí son valiosas.

Y es también "invisible" porque, hasta hace relativamente poco, tampoco se cuantificaba. Y cuando comenzó a hacerse, nos asombramos al conocer que su significado económico, según algunas estimaciones, equivale a una tercera parte o más del PIB de cualquier país.

Un iceberg invertido, en el que un 33% invisible constituye el cimientito sobre el que se erige el 100% de la economía visible, remunerada y valorada.

Y resulta, finalmente, muy paradójico, que se denomine "invisible" cuando, como la carta de Auguste Dupin, está cotidianamente a simple vista. Y que de tanto verlo no lo veamos ni lo valoremos, es una de esas tantas anomalías que, a fuer de vivirlas día a día, nos han parecido "normales" pero que, como sociedad, debemos ir corrigiendo. Y a marchas forzadas.

Pero, pese a todo, lo que más allá de la prosaica econo-

mía, más merece rescatarse, es el enorme valor simbólico que este trabajo tiene si lo vemos a la luz de nuestra evolución como humanos.

Los quehaceres domésticos son como una manifestación cotidiana del eterno retorno, una vuelta diaria de la rueda del Samsara, un eterno Día de la Marmota.

El esfuerzo empeñado cuando se cocina y se da de comer, a sabiendas de que habrá que volverlo a hacer en unas horas; cuando se limpia lo que está sucio, sean prendas o espacios, con plena conciencia de que se volverá a ensuciar; cuando se plancha lo que, inexorablemente se volverá a arrugar; cuando se cui-

da a la enferma con la esperanza de su restauración o al anciano para confortarlo; cuando se instruye al niño para enseñarle a vivir y ser feliz y proyectar futuro; cuando se hacen todas estas cosas, se demuestra nuestra tenacidad, como especie, para apostar por la vida y el orden y oponernos a la tendencia natural al caos del frío e indiferente universo que habitamos. Y nos oponemos contra toda esperanza, pero resueltamente, como héroes románticos, dispuestos a arponear a la ballena aún a sabiendas de que se nos irá la vida en ello.

Y tan valioso es ese drama cósmico que se interpreta, un día sí y otro también entre las cuatro paredes de las casas, que algunas tradiciones religiosas han llegado a reconocer el valor de estos quehaceres como vía de perfección. Así, Hui Neng, el analfabeto y modesto recogedor de leña, se refugió en una cocina, después de su iluminación al escuchar "El Sutra del Diamante", para no suscitar los celos de sus hermanos monjes budistas. Y Teresa de Ávila, doctora de la Iglesia, recordaba a sus hermanas carmelitas que Dios estaba en todas partes, también "entre los pucheros".

Y John Henry Cardenal Newman nos recordaba que "perfecto es quien perfecto hace el trabajo cotidiano", y que ni depende de la naturaleza de la labor ni hay que ir más allá de la jornada para buscar la perfección.

Y por eso debemos recordarnos que también hay perfección y santidad, y un enorme valor, económico y simbólico, en los quehaceres diarios del hogar.

